



PERSPECTIVAS PARA LA SOCIALDEMOCRACIA

Michel ROCARD

La socialdemocracia europea se enfrenta a tres desafíos supremos: la crisis del Estado benefactor, la internacionalización de los retos y la creciente complejidad de las sociedades. Urge pues volver a definir el concepto de progreso social y restablecer éticas de responsabilidad y de solidaridad.

Hay momentos en la historia en que los interrogantes que plantea el futuro presentan unas líneas tan claras, que éstas les confieren carácter académico. No es éste, ni mucho menos, el caso actual. No puede llamarse acontecimiento a la caída del muro de Berlín en 1989, ni siquiera acontecimiento trascendental, sino cambio de época. En el mundo sigue habiendo los mismos problemas, antiguos y recientes, pero sin la pauta que, mal que bien, había constituido la referencia casi secular del combate político: la oposición entre el Este y el Oeste.

La victoria del capitalismo resulta, en cierto sentido, innegable. Pero es ambigua. Sea como fuere, está muy lejos de marcar el fin de la

historia. La recesión no cede, la internacionalización de los mercados financieros todavía no ha dado con una regulación satisfactoria y la excesiva divergencia entre las tasas de interés fomenta una especulación peligrosa. El derrumbamiento del comunismo ha vuelto a traer a la superficie las múltiples voluntades nacionales. La transición hacia la economía de mercado está resultando caótica. El destino político de la antigua Europa del Este es indeciso. Yugoslavia constituye el caso más dramático. La situación de gran número de países del Sur no ha mejorado. Llega incluso a veces a ser desesperada. Las migraciones de población son un dato que conviene tener en cuenta, no sólo hoy sino, sobre todo, el día de mañana. Desde hace dos decenios aproximadamente estamos debatiendo el tema de la protección ecológica, pero aún no hemos conseguido integrar plenamente la ecología en nuestro pensamiento económico. La acelerada modernización de las formas de producción aumenta el paro, y ya no nos permite creer que la vuelta a un fuerte crecimiento sea la respuesta para todo. Vivimos en unas sociedades desgastadas por inquietudes y temores, donde el vínculo social es más frágil y donde se afianzan corrientes populistas autoritarias que practican la xenofobia, apoyándose simultáneamente en el sentimiento de exclusión de una parte de la población y en el deseo discriminatorio que pueda existir en otras categorías sociales. En resumen, hemos chocado con unos dilemas estructurales para los cuales el capitalismo no ofrece solución evidente y ante los cuales las tradiciones políticas democráticas deberían sentirse proclives a la modestia y la cautela.

La socialdemocracia europea debe, legítimamente, plantearse ciertas dudas. Pues, sean cuales sean las diferencias nacionales que, mal que le pese, pueda tener, desde el punto de vista de la historia, la socialdemocracia se había definido por una doble negociación: ni capitalismo ni comunismo. Hoy en día se trata de saber si es capaz de realizar un proyecto que ya no puede estar «entre dos aguas», sino que debe ser un auténtico enfoque de la sociedad en su conjunto. Es éste un reto apasionante, pero también duro, no sólo en la antigua Europa del Este, donde la palabra socialismo provoca rechazo, sino también en el Oeste, donde, a lo largo de los años, las inevitables dificultades inherentes al poder han convertido a los partidos socialdemócratas en partidos como los demás. A este motivo se deben, en parte, los reiterados pronósticos sobre la muerte de la socialdemocracia de los liberales y los conservadores, que no creen más que en el mercado y denuncian el intervencionismo del Estado socialdemócrata que, según ellos, impide una eficaz adjudicación de los recursos; y de las diferentes izquierdas extremistas, quienes denuncian la traición al socialismo original y que, en último extremo, no ven más alternativa que la vuelta a la administración de hombres y cosas; y por último, de los movimientos ecologistas, que piensan que la socialdemocracia, marcada por el pecado original —el productivismo—, ha quedado superada y que son ellos los protagonistas del inconformismo moderno.

Tomaré estas cuestiones, presentes en el debate público, como punto de partida para examinar los desafíos reales que la socialdemocracia debe tener en cuenta y para, a continuación, determinar las posibles respuestas.

El primer desafío se refiere a la crisis del «compromiso keynesiano» y a las dificultades del Estado benefactor. El crecimiento, que desde mediados de los años setenta no cesa de disminuir, ha hecho que el nivel de los gastos públicos deje de ser solución para convertirse en problema, y ha provocado un empobrecimiento de los Estados e impuesto intervenciones necesariamente impopulares. Ahora bien, en los años cincuenta y sesenta, la tendencia de la socialdemocracia fue la de definirse, en términos algo simples, como la administración de una economía capitalista en expansión cuyo superávit permitía difundir la cobertura social y atenuar las desigualdades. La política keynesiana, incapaz de luchar eficaz y simultáneamente contra el paro y la inflación, ha hecho que predomine a lo largo del último decenio, la política monetarista. Al no encarnar ya la idea de un progreso social ininterrumpido, la identidad socialdemócrata se tambalea. Pues, más allá de todos los debates doctrinales, *la fuerza de atracción de la socialdemocracia ha residido en esta creencia en un progreso social ininterrumpido*. A partir del instante en que el desenlace del combate en pro de una mejora del conjunto de la sociedad empieza a resultar dudoso, en que las diferentes categorías sociales se retraen sobre sí mismas, todo movimiento basado en un anhelo de solidaridad, pierde el esplendor en la medida en que se ve obligado a ejercer de árbitro, a menudo con dificultad, entre los diferentes sectores del electorado.

El segundo desafío —evidentemente ligado al primero— se refiere a la creciente internacionalización, que caracteriza a este nuestro mundo. Hay que tener, efectivamente, en cuenta que la socialdemocracia había elaborado sus políticas esencialmente bajo la perspectiva del desarrollo interno de las economías. Esto ya no es posible, pues estamos viviendo una mundialización de los mercados (muy en particular de los mercados financieros, que hoy en día tienen una difusión inmediata), de las comunicaciones, de la contaminación, de las migraciones de población, etc. El resultado es un condicionamiento recíproco de las políticas nacionales. Se trata de un importante cambio estructural, que no sólo afecta a nuestras economías, sino que crea el peligro de conflictos de diversa índole, que resultaría muy difícil controlar a los Estados nacionales. La paradoja reside en que esta internacionalización va acompañada de un empuje de los nacionalismos, inspirados por la creencia, a veces infundada, de que una estricta soberanía nacional podría solucionar todos los problemas. Por ello, la socialdemocracia queda doblemente involucrada: primero, en lo que se refiere a su tradicional ambición internacionalista, y segundo, por la manera en la que, después de la guerra, concibió sus «compromisos nacionales».

El tercer desafío surge de las transformaciones que observamos en nuestras sociedades. Hace ya algunos años un sociólogo alemán hablaba de una «revolución silenciosa». Con la única salvedad de que el silencio no siempre ha sido lo más conveniente, se trata, sin lugar a dudas, de una revolución. Ciertamente, los fundamentos del capitalismo permanecen. La relación entre beneficios y salarios sigue siendo una fuente importante de conflicto social. Y el constante ajuste de la política salarial constituye una de las preocupaciones más absorbentes de la vida cotidiana de los gobiernos. La vida social, con sus correspondientes instituciones, movimientos sindicales y patronales, procedimientos y ritos, también se atiene a esta realidad. Pero no por ello la evolución económica y social ha sido menos profunda. Las conductas son cada vez más individualistas. Las grandes instituciones socializadoras (escuelas, Iglesias, sindicatos, partidos) se han debilitado. Las comunidades de clase se han desgastado. La evolución tecnológica ha supuesto un cambio considerable para la naturaleza del trabajo. La población desocupada aumenta. El mundo laboral está saturado. Por doquier, la población emigrada es una realidad de la que se nutren reacciones intolerantes. Una numerosa clase media disfruta de una existencia segura. Mientras que las desventajas sociales, como el origen étnico, entre otras muchas, tienden a concentrarse en categorías sociales enteras.

Así pues, nuestras sociedades ya no ofrecen una sociología sencilla —aquella que prevalecía cuando se engendraron los movimientos socialdemócratas— sino que, más bien, tienden a fragmentarse y a corporativizarse, a adoptar formas de retraimiento en la vida privada, los oficios, o los grupos. Las desigualdades se complican, los factores personales y las trayectorias individuales se hacen más sensibles en función de la edad, el sexo, la cultura, el origen, el domicilio, etc. Si bien ya no existe un conflicto central de clase en el sentido tradicional, es fácil comprobar que existen elementos de conflicto, aunque diversificados. Y todo ello en un momento en que el poder es menos tangible, más anónimo, a pesar de la personalización que va unida a ciertos individuos; un poder que, bajo la influencia de los medios de comunicación de masas, explica de forma deficiente la complejidad de los asuntos, y provoca en muchos una sensación de despojamiento, sobre todo en los sectores populares. Esto es válido para cualquier país, y más aún para el conjunto de Europa.

Al unir los hilos de estos tres desafíos, pienso que, desde el punto de vista de la socialdemocracia, se anudan en torno a una única cuestión: cómo reconstruir un concepto de «progreso» que, en este final de siglo, tenga la misma fuerza que cuando, a principios de siglo, equivalía a integrar al proletariado en la sociedad y a luchar, paso a paso, contra la desdicha humana. Pienso que nos enfrentamos a una tarea semejante a la que, en dos ocasiones, se enfrentaron las generaciones anteriores a la nuestra: la primera, a finales del siglo XIX, cuando era

necesario construir un movimiento, y la segunda vez durante la «gran depresión» de los años treinta, y después de la guerra, cuando hubo que superar las crisis.

Ciertamente, no partimos de cero. Podemos reivindicar toda una herencia de la socialdemocracia.

No olvido que el proyecto de los primeros socialistas pretendía afianzar un mundo de libertad y trazar el proyecto de una sociedad cooperativa. El hecho de que la escatología revolucionaria, inherente al marxismo —cuya única alternativa concreta frente al capitalismo ha sido una sociedad totalmente administrada— haya fracasado, es una cosa; los socialdemócratas, que en 1920 sí eligieron la solución correcta, tuvieron suficiente lucidez como para renunciar a la idea de una síntesis final. Lo cual no implica, no obstante, que no nos quede más camino que el del pragmatismo. No debemos renunciar a dar un fundamento ético a la política. Debemos vivir y actuar admitiendo las inevitables tensiones entre lo que corresponde al ideal y lo que corresponde a la realidad. Se puede reformar una sociedad aun a sabiendas de que no se está construyendo la nueva sociedad. *Nuestro deber consiste en definir una política a escala humana, que conserve una parte de utopía pero sin renunciar a la distante órbita de una alternativa global.*

Para conseguirlo debemos, ante todo, preocuparnos de afianzar una ética de la responsabilidad política que dote de sentido a este perturbado mundo, donde los puntos de referencia han perdido nitidez, al presentar las grandes alternativas entre las que puede elegir la sociedad junto con sus posibles consecuencias. Esta forma de actuar permite que el futuro sea tangible en el presente. Urge restablecer este fundamento ético de la política. En el Este, porque, en la medida en que la política había aplastado todo lo demás, es necesario, en primer lugar, devolver la confianza a una sociedad civil que precisa volver a construirse y a veces incluso construirse por primera vez, sobre bases democráticas. Y también en el Oeste, pues el escepticismo, la fragmentación, la protesta, favorecen la implantación de retóricas reaccionarias, y no sólo de extrema derecha, que pervierten el legado de las Luces, el uso de la razón democrática, y enturbian la relación con la política.

Debemos pues recuperar unas normas claras. Pues *aunque la política no es el terreno donde se crean valores, sí debe ser el terreno donde se ejerzan dichos valores.* Esta tarea no incumbe sólo a los socialdemócratas, abarca a todos aquéllos y todas aquéllas que han aprendido la enseñanza de este siglo y que aspiran a que el debate público se haga más «filo-democrático», en palabras de Albert Hirschman. Sin embargo, es evidente que los socialdemócratas tienen una tarea propia. Junto con la ética de responsabilidad en la acción política,

deben proponer una sociedad basada en una ética de solidaridad. Una sociedad comprometida en la lucha contra la exclusión, a favor de la igualdad de oportunidades, a favor de la corresponsabilidad, representa un ideal que nunca fue tan válido como ahora. La cohesión social no es sólo una garantía de eficacia económica, sino también una promesa de apertura y una necesidad para la realización del individuo. Los liberales no llegan a entender esto, y, de forma más o menos consciente, desarrollan políticas de segregación social en la vivienda, la educación, la salud y los puestos de trabajo.

Estas perspectivas proporcionan un hilo conductor para afrontar los desafíos actuales. La primera tarea consiste en volver a definir un concepto de progreso social que resulte atractivo. El socialismo democrático no puede concebirse sólo como un movimiento de oposición al capitalismo. Las debilidades de antaño obedecían a un enfoque insuficiente del papel de la competencia en la vida social. Ningún sistema económico puede ser competitivo si carece de rivalidad. No cabe el replantearse este bagaje de nuestra historia. Pero semejante elección no significa que, bajo cualquier circunstancia, haya que tomar como referencia el mercado. La sociedad ha de concebirse como un vasto sistema de reparto de bienes económicos, sociales, culturales y políticos. Allí donde resulte más eficaz deben repartirse algunos a través del mercado, pero no todos. Hoy en día la tarea de un partido socialdemócrata consiste en determinar qué bienes se adaptan a una lógica de mercado y cuáles no. El mercado no es sino una técnica de regulación económica, cuya sola lógica no garantiza el bien colectivo de una sociedad. La crítica del capitalismo puede desarrollarse sobre estas bases, que prescinden de los argumentos del pasado.

Este modo de pensar define una utopía positiva. En la sociedad socialdemócrata no domina una única jerarquía reguladora de la totalidad del dinero, del poder político o de cualquier otro principio. Es una sociedad diferenciada, que responde a nuestra actual necesidad de elaborar un concepto de igualdad adaptado a las complejas realidades de hoy en día. Incluso sería más conveniente la noción de equidad. Pues algunas desigualdades podrían justificarse en el caso de que permitieran crear bienes colectivos, mientras que otras no podrían serlo bajo ningún concepto. John Rawls, en su *Teoría de la justicia*, sentó claramente las bases teóricas para una socialdemocracia moderna. Poseemos el principio que nos permitirá infundir nueva vida a nuestra voluntad de justicia social. La meta está clara, consiste en construir una sociedad solidaria dentro de la economía de mercado. El método también lo está: un reformismo, cuyo apoyo no sean únicamente leyes y reglamentos, sino que además favorezca el contrato y preste ayuda a las iniciativas y a los proyectos individuales. El resultado que de ello se espera —la perspectiva para la socialdemocracia europea— puede describirse en pocas palabras: un debate público intenso, un Estado benefactor tan descentralizado como sea posible, un mercado reducido

a su propio ámbito, unos servicios públicos transparentes y abiertos, una escuela pública vigorosa, un libre acceso a la cultura, un reparto real de los puestos de trabajo que permita el advenimiento de una sociedad de plena actividad, una naturaleza protegida, un amparo para la vida familiar, una justicia independiente y justa, una corresponsabilidad de los asalariados en su vida profesional. ¿Queda fuera de nuestro alcance? No lo creo; pueden verse elementos para ello por doquier. Esta visión, que debe defender la socialdemocracia, es la que permite articular de nuevo las relaciones entre lo individual y lo colectivo de las que hoy en día andamos tan necesitados.

Pero tan importante como esta utopía «interior», digámoslo así, es la utopía «exterior», la respuesta que hay que dar a la internacionalización de los problemas en el mundo. En vísperas del siglo XXI, no habría que preguntarse ya acerca de si el mundo necesita autoridades internacionales, sino que deberíamos, ante todo, determinar cómo habrían de ser el reparto entre las soberanías nacionales, el control democrático, los recursos, etc. Después de la guerra, a través de dudas y crisis, los países europeos empezaron a aceptar de forma voluntaria la limitación de su soberanía nacional. Pero no debemos ignorar que la aparición de estructuras supranacionales fue en parte favorecida por la guerra fría. Hoy en día, los intereses exclusivamente nacionales podrían resurgir. Estamos afrontando un cambio. La perspectiva de un mundo más cooperativo ha tenido la oportunidad de volver a nacer. Constituye una condición para guiar nuestras políticas económicas, para determinar una política ecológica, para alcanzar la eficacia en la ayuda al Tercer Mundo, para triunfar en una política de seguridad. Y esto no incumbe sólo a los socialdemócratas. Pero es preciso que, a través de la revitalización de su tradición internacionalista, se sitúe en primera línea de fuego en la lucha por la organización del planeta y, sobre todo, porque Europa pueda evolucionar, sin procesos de involución, hasta una simple zona de librecambio.

El tratado de Maastricht se sitúa en este punto de inflexión. Representa, en cierto modo, un pasaporte para un progreso posible, pero, al mismo tiempo, cristaliza las dudas. Durante la campaña sobre el referéndum, que desató pasiones en toda Francia, no oculté que el tratado de la unión europea era imperfecto, pero me comprometí en cuerpo y alma a favor de su ratificación. Pues lo que importa es entender cuál es la dinámica correcta. Con Maastricht se empieza a levantar el «andamiaje» político que falta en Europa para que pueda existir una jefatura política en el nivel pertinente, donde tienen lugar los intercambios y los conflictos responsables de la organización o desorganización de nuestro mundo. Lo esencial es, pues, construir las instituciones y procedimientos que nos permitan avanzar. Bien es cierto que en Europa existe actualmente una mayoría de gobiernos conservadores y liberales. La actual construcción de Europa lleva inevitablemente su marca. Por eso corresponde a la socialdemocracia entablar, en toda Europa, el

combate destinado a convencer el día de mañana, a una mayoría de electores. Aunque lo más importante es que en este mismo momento ya existe un progreso en las dos dimensiones clave, que son la unión monetaria y la unión política. Los liberales también comprenden que la Unión Europea es necesaria en estos tiempos que corren. La socialdemocracia trabaja con ellos y debe hacerlo. Pero tiene muy clara la perspectiva de recobrar un ámbito para una economía keynesiana. Europa es la herramienta que condiciona el mismísimo proyecto de la socialdemocracia que he descrito anteriormente. Esta es una batalla que dura desde hace más de cuarenta años, y no cabe duda de que ha llegado a un momento decisivo; todos compartimos esta sensación. El primer deber consiste en esforzarse por construir un continente abierto y democrático y hacer todo lo posible por impedir desgarros y regresiones peligrosas.

La tercera tarea de la socialdemocracia se vislumbra con menos nitidez, aunque esto no le resta importancia alguna. Se refiere a la práctica de la acción política. Somos los herederos de una forma de política en vías de extinción. Nuestros partidos y sindicatos, nacidos a mediados del pasado siglo, han sido antes que nada los medios y lugares de integración política y social. Poseían, las más de las veces, un privilegio de información y de formación. Ser militante significaba saber más y existir de forma más plena. Nuestros partidos y sindicatos descansaban sobre una sociología sencilla en la que las comunidades de clase eran fuertes, en la que ellos y nosotros podíamos enfrentarnos de forma sencilla. Esto ya sólo existe en parte. Las conciencias de nuestros contemporáneos están divididas. Cada vez hay menos electorado cautivo. Hay que conquistar la mayoría en cada elección. Los nuevos medios de difusión han rematado esta transformación de la acción política. Vivimos ahora en democracias de opinión. He aquí el fundamento de lo que se ha dado en llamar *la crisis de la representación*. El declive del sentimiento de confianza afecta a todos los partidos, pero muy en particular a los partidos de izquierda, que siempre aspiraron a una armonización entre lo político y lo social. El auge del individualismo y de los medios de comunicación de masas pone en tela de juicio nuestras formas de vida política tradicionales.

Debemos dar respuesta al déficit estructural de responsabilidad que afecta a los ciudadanos. La complejidad de los problemas estorba la atribución de responsabilidades. Los vínculos entre la acción individual y el conjunto de la sociedad resultan tenues y abstractos. Fue ayer cuando la socialdemocracia supo dar sentido a la política, articulando el presente y el futuro. Hoy en día, la dificultad para hacer esto mismo prueba que el reformismo socialdemócrata, que siempre dio prioridad al aspecto social, debe también alcanzar a la política. Resulta ilusorio conformarse con una llamada a la confianza. Hay que implicar a los individuos allá donde se encuentren. Esta es la necesidad que ya quise expresar cuando en los años setenta defendía la idea

de autogestión. Pero dicha idea era, a la vez, demasiado anticuada, al estar tomada de una visión marxista, y demasiado nueva, en comparación con el estado de nuestras sociedades. Mas la palabra carece de importancia. La socialdemocracia debe volver a colocar en primer plano la preocupación democrática por garantizar una participación concreta en la vida pública. Los análisis que acabo de realizar y las respuestas que he esbozado dan fe de que hay trabajo de sobra. Para nosotros, los socialdemócratas, éste consiste en poner en marcha algo que sin duda va más allá de una adaptación: una auténtica renovación. Su finalidad es enlazar con las «fértiles utopías», como dijo el poeta. Pues nada sería tan funesto como enterrar cualquier forma de utopía tras el fracaso del comunismo. Aferrarse a una visión de la democracia puramente pragmática no haría sino agravar los problemas que conviene solucionar. Para tener fuerza de convicción —y hacer que retrocedan las tentaciones autoritarias y xenófobas— debemos sentar las bases de cierta voluntad de crear un mundo, si no reconciliado, al menos conciliador...

He aquí una perspectiva que traza un imaginario espacio social, pero que, antes que nada, se asienta sobre la capacidad ética del individuo.

El presente artículo está basado en una conferencia pronunciada en Amsterdam el 11 de diciembre de 1992.

Traducción: Teresa Gallego y Amaya García
